



Género y población

Otras maneras de entender: VIH/sida, cultura y nuevas relaciones

Norge Espinosa Mendoza

Miércoles, 23 de Mayo de 2012

En el 2007 tuvo lugar el Taller Regional El Teatro y las Artes Audiovisuales, un enfoque novedoso frente al VIH/sida.

1

Abrir, en una nueva perspectiva, las relaciones que hasta ahora han establecido los especialistas que laboran alrededor del VIH/sida desde la visión de la salud, y los creadores que, desde el ámbito artístico, pueden manejar sus propios recursos para dilatar lo hasta hoy alcanzado en distintos estadios de conocimiento y sensibilización acerca de la enfermedad, es un propósito francamente impostergable.

Lejanos los días en los cuales el VIH/sida era una noticia estremecedora, cargada de un misterio que parecía irrompible y contra el cual parecíamos no tener defensas, hoy, sin que el remedio tan anhelado contra el virus haya aparecido, poseemos al menos más sabiduría al respecto y las capacidades suficientes como para brindar un poco más de luz sobre un asunto que, para muchos, sigue siendo oscuro.

Movilizar, interesar, intercambiar información es indudablemente una de las mejores maneras de combatir la pandemia, pero ello no se logra sin antes haber removido y preparado un terreno que pueda asumir, sin prejuicios ni convenciones estereotipadas, todo lo que ese mismo conocimiento puede mostrar desde diversos canales de concientización y necesidad de cercanías.

Sensibilizar a un mundo que se cree erróneamente protegido de la enfermedad, que mal juzga a las personas con VIH, que enturbia la información brindada mediante las campañas desde una postura que, en sí misma, es un enemigo potencial contra los que se creen a salvo, es una necesidad que, según se ha demostrado, necesita expresarse desde códigos diversos.

Más allá de la imperiosa expresión que se manifiesta en las campañas que en tantos lugares del mundo advierten del peligro, se hace ya necesario hablar del VIH/sida utilizando otros lenguajes. Así como ha crecido nuestra información acerca del virus, el virus mismo se ha metamorfoseado, se ha disimulado o evidenciado a partir de nuevos comportamientos, y toca ahora a personas que, sin ser exactamente médicos, portadores o no de la infección, puedan ayudar a todos a comprender.

Saber es poder, dice un viejo refrán. Sensibilizar es acercar, pudiéramos decir ahora, desde el modo en que también usando la cultura como un lenguaje, pretendemos abordar una temática sin duda espinosa o incómoda, pero que forma parte del día a día de este mundo en el cual la vida, contra todas las contingencias, persiste en manifestarse.

2

Se trata, entonces, de unificar esfuerzos en pos de un objetivo común: salvar la vida misma. Dicho así pareciera una misión cargada de un sensacionalismo barato, pero en verdad la batalla debe emprenderse echando mano a todos los recursos, porque es la vida en sí de seropositivos o posibles portadores la que está en juego.

Mientras más se sepa de la enfermedad, de sus posibilidades de aparición y dispersión, se estará más preparado para responder a ella. Lo que en otros tipos de padecimiento podría parecer más sencillo, encuentra barreras muy complejas cuando hablamos del VIH/sida, una enfermedad relacionada directamente con la vida sexual, y por ende privada, de personas educadas en tradiciones que consideran franco tabú la menor mención de tales cosas en espacios públicos.

El sexo, máscara o desenfreno según quién lo practique y cómo lo practique, es el campo mismo de la batalla de que aquí se habla, y aunque hoy sepamos que otras formas de contagio pueden estar vinculadas



al VIH/sida, nadie puede negar que esa relación con lo sexual, entendido como goce o culpa, viene a ser uno de los primeros límites que impide un diálogo real acerca del tema.

No hay que abundar aquí acerca del estigma que la persona con VIH/sida carga sobre sí, de las sospechas de muy diversa clase y de las distintas discriminaciones que pueden caer sobre ella, desde el recelo al homosexual que puede o no ser, hasta el temor de perder los lazos familiares o de amistad que la revelación de la epidemia puede provocar en quienes se infectan.

Dígame lo que se diga, es más lo que tememos del VIH/sida que lo que sabemos, es más lo que no queremos saber que lo que deseamos oír. De forma inducida o expresa, el gran porcentaje de la población preferiría no dialogar sobre el tema, como si el no saber mismo fuera una defensa *per se* contra la enfermedad.

A esas actitudes debemos un gran número de las cifras de infectados, que cada día se multiplica. A las formas de no haber sabido encontrar zonas de diálogo y sensibilización conscientes y autoconscientes debemos también el reconocer que es imprescindible modificar y amplificar esos discursos si queremos que el saber, también, sea un arma activa contra la enfermedad.

3

Como en tantos otros países de la zona, en Cuba hubo que esperar a que el brote de VIH/sida revelara sus primeras manifestaciones, para dialogar abiertamente sobre ciertas zonas de la sexualidad como parte ineludible de un concepto de nación.

Vinculada -como también en tantos sitios- primeramente con la homosexualidad, el debate que comenzó a crecer desde el reconocimiento de una cifra de infectados que iba aumentando de forma paulatina pero segura, accionó en no pocos la primera reacción previsible ante el fenómeno: el miedo entendido esencialmente como rechazo.

La política de cuarentena, con la cual fueron tratadas en un primer momento las personas seropositivas al VIH, no ayudó mucho a que la población entendiera concretamente de qué se hablaba y por qué. Esas primeras acciones son aún un trauma en quienes las padecieron y han sobrevivido para contarlo.

Conjuntamente a la voluntad de la dirección del país de ofrecer numerosos recursos para el estudio de la enfermedad, su posible cura y atención diferenciada a las personas seropositivas al VIH/sida, en momentos tan duros como los que vivió la nación en la década del noventa, no se pudo organizar un discurso consciente sobre el virus, que al tiempo que protegiera a la población sana la indujera a no rechazar de inmediato a quienes quedaban “marcados” por el nuevo estigma.

El VIH/sida quedaba conectado de manera casi inmediata a la homosexualidad que, en nuestro país de tradiciones machistas y homofóbicas, es uno de los peores destinos que pueda asumir una persona, según la comprensión reduccionista y carente de fundamentos concretos acerca de qué es la homosexualidad, las diversas expresiones de vida sexual y sus posibles huellas en los comportamientos sociales y homosociales de quienes la manifiestan.

El silencio es el primer muro que ha de romperse si en verdad se quiere hablar de una enfermedad que, ya bien y lamentablemente lo sabemos, no señala únicamente a los homosexuales, que no se reduce al concepto de Hombres que tienen Sexo con Hombres (HSHs).

No deja de ser curioso que, desde inicios de la propia década, los artistas cubanos empezaron a dialogar con las nociones sexuadas de la nación, alterando la mirada tradicional sobre las concepciones eróticas que se manejaban en público hasta esa fecha, y proponiendo que el homosexual y otros personajes marginados por sus conductas privadas, se integraran a la galería de representaciones que definía a nuestro país en su cultura, hasta ese momento.

Esa voluntad liberadora se mezcló afortunadamente con la impostergable necesidad de iluminar las verdades concernientes al VIH/sida, y propició que el diálogo comenzara a fluir, no sin tropiezos, no sin que celos machistas o temores muy turbios se interpusieran de vez en vez.



A más de quince años desde que se editara en Cuba *El lobo, el bosque, el hombre nuevo*, de Senel Paz, inspiradora del célebre filme *Fresa y chocolate*, ya han crecido los niveles de discusión que, desde la cultura misma, existen sobre la sexualidad.

No siempre esa discusión viene refrendada por los medios de mayor impacto público. No siempre la tolerancia o naturalidad con la que las obras artísticas se manifiestan pueden reproducirse en conductas más o menos inmediatas en la sociedad. El camino es largo y tortuoso. Pero una vez emprendido, no debe haber marcha atrás.

4

La calidad de la cultura consiste en sensibilizar, en abarcar, desde lenguajes que se valen de la metáfora y la sugerencia como armas, temas que el hombre, en su cotidianidad, se resiste a tomar en cuenta como prioridades.

La creación, en 1996, del Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre la epidemia que aquí nos convoca, funcionó como una estrategia de lucha que se vale no sólo de los avances de la medicina en la búsqueda de una solución factual al VIH/sida, sino como una puerta que se abrió para canalizar estudios y fomentar acciones de prevención imposterables.

Las reacciones ante la enfermedad y sus secuelas, los propios conceptos de vida que rigen el ir y venir de seres humanos en las condiciones actuales, son variables y mutables en su diversidad. Lo que para una cultura puede ser mirado con tolerancia, es impensable en otras, por víctimas que sean ambas de un fenómeno que pesa sobre sus existencias por igual.

Coordinar acciones que influyan en los grupos sociales más expuestos a la infección y, asimismo, sensibilizar a la masa civil en favor de las personas con VIH, mediante la divulgación de datos, procedimientos y educación al respecto, era una obra de grandes magnitudes que debería desarrollarse no de un modo rígido, sino mediante variables de conducta y asimilación en distintas latitudes, religiones, indicadores de sensibilidad, etcétera.

Fueron estudiados homosexuales, heterosexuales, mujeres, jóvenes y adolescentes, travestis y transexuales, trabajadores del sexo, emplazamientos patriarcales, tradiciones de numerosas partes del mundo, a fin de encontrar la dinámica necesaria para inducir en ellos medidas de protección y una cultura concreta sobre el VIH/sida, que les permitiera evitar la infección o no desfallecer en la lucha contra la enfermedad ya adquirida, en pro de un medio ambiente que favoreciera, de manera multifacética, el tratamiento y convivencia con las personas seropositivas al VIH.

Ello abarca un conjunto de sistemas que debieran relacionarse entre sí, funcionar como un engranaje en el cual la cultura permita una interrelación eficaz en defensa de la vida.

Los estudios regionales ya han empezado a brindar estrategias eficaces de acción, así como aportan los rasgos diferenciadores que muestran cuán útiles pueden ser determinadas maniobras en un punto del planeta y no en otros, datos que exigen el replanteo de lo conseguido en función de adaptar el trabajo a condiciones específicas y concretas de divulgación e intercambios socioculturales.

Se ha concentrado el trabajo a partir del criterio unánime sobre los cinco ámbitos contextuales en los que debe reforzarse este tipo de empeños: la política gubernamental, el nivel socioeconómico, la cultura, las relaciones de género y la espiritualidad. Gracias a ello han podido activarse iniciativas diferenciadas para África, Asia y Centroamérica, por ejemplo. Un mayor conocimiento de las etnias, de sus prejuicios y concepciones, ha permitido entrar a esos contextos con una voluntad más sensible, al tiempo que concede a los representantes del Programa una comunicación más diáfana con las poblaciones a las que se dirigen.

Recuperar lo que cada cultura posee en su tradición como conocimiento útil a la nueva causa, es un síntoma de respeto y humildad siempre provechoso. Pero dentro de lo que se ha dado en llamar “culturas frágiles” (emplazadas en su mayoría en África, Asia, y zonas de Centroamérica), continúa expandiéndose la enfermedad como resultado del desconocimiento y la escasa sensibilidad ante la epidemia.



En los ámbitos ciudadanos, el trabajo se multiplica en numerosas fórmulas. Los prejuicios machistas, el consumo de drogas, las diferencias económicas y el sexo como mecanismo de comercio aportan un panorama muy distinto. Las subculturas urbanas, con sus códigos de conducta precisos y a ratos excluyentes, no se dejan penetrar con demasiada facilidad mediante estrategias usuales de interrelación y prevención.

Queda entonces apelar a la cultura, para dialogar desde discursos no sólo relacionados con las campañas de salud, y acercarse de ese modo a los componentes de esos segmentos sociales. Es lo que han venido haciendo, con experiencias tan variadas como interesantes, numerosos grupos de activistas del Programa ONUSIDA en países tan distantes entre sí como Tailandia, Uganda, Guatemala, México, Zimbabwe, Angola, Jamaica o Cuba.

Teatro callejero, conciertos musicales, propaganda audiovisual, *comics*, exposiciones de artes plásticas, intervenciones y performances, teatro de títeres, temporadas escénicas y concursos son algunas de las fórmulas empleadas con distintos niveles de eficacia, según la adaptabilidad, permeabilidad y receptividad de esas culturas, y la ganancia está a la vista en lo hecho y aún en lo por hacer.

5

En el panorama cultural cubano de ahora mismo coinciden, afortunadamente, una buena serie de acontecimientos que insisten en minar las viejas concepciones que sobre vida y sexualidad manifiestan muchas personas.

Si bien la juventud va abandonando ciertos prejuicios (dicen algunas estadísticas), la realidad es mucho más compleja que los números y no hay que andar con los ojos demasiado abiertos para advertir ciertos brotes de homofobia en los adolescentes, expresados en los ritmos que bailan y proponen letras de marcado machismo; o que, por el contrario, se enrolan en experiencias sexuales como mero pasatiempo, sin la responsabilidad para con los sentimientos de quienes eligen para esa diversión, sea heterosexual, homosexual, bisexual o “metrosexual”, como ha empezado a denominarse una actitud generalmente irresponsable en este sentido.

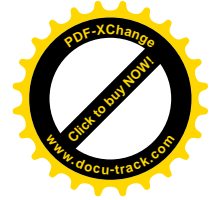
La delgada línea que separa sexo y sensibilidad no puede quebrantarse sin consecuencias, sobre todo si existen peligros tan potenciales como el propio VIH/Sida, que pueden poner algo más que los cuerpos en peligro. El primer paso ha sido ceder terreno a expresiones de diversa índole sexual en textos narrativos, poemas, obras teatrales, plásticas y canciones; con las cuales se ha logrado que quienes portan esas conductas diversas, hasta no hace mucho entendidas como algo exclusivamente marginal, puedan aflorar sin el peso del prejuicio.

De ahí puede levantarse otro modo de profundizar en diversos segmentos relacionados con el sexo, visto ya no como tabú sino como un punto que relacione otras nociones de vida, otras posibilidades de asumir ciertas calidades y cualidades de la vida.

Por desgracia, cuando el VIH/sida ha logrado entrar en esos debates, lo ha hecho generalmente con mano y palabra torpe, apegado excesivamente al lenguaje de campañas preventivas, que si bien son imprescindibles, marcan una rápida distancia entre sus emisores, destinatarios, posibles afectados y entorno familiar o social.

La morfología con la cual las campañas siguen expresándose entre nosotros persisten en el tono lastimero, en la conmisericordia hacia el portador de VIH más que en sensibilización hacia su condición real, amén de persistir en las fatales consecuencias del virus y no siempre en el modo de evitarlo o, peor aún, en la manera en que debemos seguir relacionándonos con quienes están ya contagiados. Que el VIH/sida no es ya exactamente una enfermedad terminal, sino un padecimiento que hasta hoy se controla mediante un tratamiento crónico, parece ser olvidado por esos posters, mensajes televisivos, spots de diversa índole, que más allá de la buena intención no consiguen lo que debieran: activar una conciencia participativa y aun creativa en ese problema que, padezcámoslo o no, ya nos concierne a todos.

6



Por suerte, hay excepciones positivas. El Centro Nacional de Prevención de las Infecciones de Transmisión Sexual, VIH/sida ha estado trabajando con jóvenes diseñadores que proponen spots menos coercitivos o ingenuos, que no son lamentablemente los que más transmite nuestra televisión.

En ese mismo medio, una telenovela reciente (La otra cara de la luna, se llamaba), al abordar por vez primera entre nosotros cinco historias relacionadas con el VIH/Sida, en horario estelar y ocupando el espacio hasta ese momento reservado a las más conservadoras nociones de lo televisual, provocó un revuelo nacional que sirve de buena muestra acerca de cuán poco, pese a todo lo hecho, se ha ganado como estado de sensibilización al respecto.

Pensar en segmentos de la sociedad que se desmarcan de patrones de conducta, a partir de sus elecciones sexuales, es todavía un motivo de escándalo para muchos. Los estudios sobre masculinidad son aún incipientes y poco difundidos en nuestros medios.

El tratamiento desprejuiciado, y desde intereses no sólo moralizantes a la realidad del mundo de la prostitución masculina y femenina, es un punto imprescindible a ganar, sobre todo cuando nadie puede ignorar el modo en que el VIH/sida ha ganado territorios visibles dentro de esos ámbitos, que suelen subvertir los órdenes de interpretación con que asumimos generalmente una serie de roles sexuales y convivencias.

El papel tradicional de la mujer se ha ido desprendiendo de atavismos, lo que al tiempo que le concede una responsabilidad social mayor, también exige una comprensión menos conservadora y que la expone a riesgos y prejuicios aún vigentes.

Insistir en que el VIH/sida encuentra sus víctimas no sólo en homosexuales, sino en gente de conductas eróticas perfectamente compatibles con el modelo heteronormativo, y que para nada debe reducirse a manifestaciones extravagantes o relacionadas con ambientes sórdidos, es algo que se debiera enfatizar. Hay mucho por hacer. Para eso es que debemos trabajar.

Resulta imprescindible, para ello, arrancar los velos de prejuicio que incluso a ratos, de manera inconsciente, cubren los ojos de quienes nos animan a la lucha contra el virus. Liberar del estigma a las personas con VIH, analizar su estado y las maneras de ayudarlas sin apelar a tonos condescendientes o frases discriminatorias, pronunciadas a veces “con la mejor de las intenciones”, implica conocer más y entender a conciencia qué es hoy el VIH/Sida, y saltar por encima de mitos populares que resultan muy peligrosos en tanto enturbian la verdadera información que evitaría infecciones y tensiones posteriores.

Traspasar las fronteras para dialogar con adolescentes, madres y padres jóvenes, familiares de personas con VIH, y ayudarlos a recuperar su entorno original, es esencial, trátase de heterosexuales, homosexuales, HSHs, travestis, transexuales... Que la diversidad sea también la diversidad de un pensamiento libre de un peso en que la tradición de una moral no se convierta en una carga segregacionista ni discriminadora. En el camino a esas libertades de derechos también ilumina la cultura.

7

Romper una noción monolítica y de escasa progresividad acerca del VIH/sida es algo que no se consigue fácilmente. Los lenguajes aplicados a ese fin permiten ciertos avances, al tiempo que en otras ocasiones han retardado la mejor comunicación.

Si a la epidemia debemos la visibilidad de ciertos conflictos postergados dentro de la sociedad (y no sólo la cubana), también debemos a ellos la concepción agrisada de las personas con VIH/Sida, generalmente emplazadas en contextos y papeles de victimarios o cazadores de víctimas, que poco ayuda a un entendimiento cabal de lo que aquí se trata.

La labor esencialmente persuasiva de instituciones, como el Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX), debe luchar contra prejuicios demasiado vigentes, y aunque no dejan de imprimirse posters, folletos, o se acude a la entrega gratuita de condones y demás, las acciones no deben quedarse únicamente en ese plano.



Los artistas cubanos han donado sus obras plásticas para la subasta que recauda fondos para la lucha contra el VIH/Sida, pero algunos han ido más allá colocando el problema en el centro mismo de sus creaciones. A inicios de los noventa, Reynold Campbell partía de una reapropiación de los cánones de Andy Warhol para tropicalizarlos en pos de una representación homoerótica que pudo difundirse en aras de la lucha contra la enfermedad, hasta que el pintor marchó al exilio.

Un dramaturgo como Raúl Alfonso escribió piezas como *Islas solitarias* y *Bela de noche*, en las que el virus funcionaba como eco o conflicto central, a través de sus personajes: una galería estremecedora de enfermos, doctores, travestis, exiliados, amantes perdidos.

Otro autor teatral, José Milián, revolvió el panorama teatral cubano al estrenar, en 1995, *Las mariposas saltan al vacío*, en la que por vez primera la escena nacional volvía los ojos hacia la vida de los internados en los sanatorios, mezclando heterosexuales y homosexuales bajo el peso del VIH/Sida, al tiempo que apelando a una concientización que pudiera suavizar la mirada hacia sus problemáticas de vida o muerte.

Rocío García y Eduardo Hernández, aun sin hacer menciones directas a la pandemia, han sabido enlazar las tensiones de los cuerpos que pintan o retratan bajo el acento de lo que, desde el VIH/Sida, reconocemos hoy como tabúes que asaetean esos mismos cuerpos martirizados o bellos, en su entrega a un Tánatos arrasador.

Del taller literario del sanatorio de Santiago de las Vegas emergió una antología preparada por Lourdes Zayón, titulada *Toda esa gente solitaria*, en la que personas seropositivas y seronegativas al VIH, de distintas sexualidades, describieron varios estadios de comprensión sobre la epidemia, un terreno en el que Miguel Ángel Fraga, autor de *La noche comienza ahora* y *No dejes escapar la ira*, aportó buenos relatos.

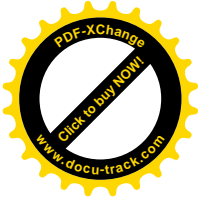
Escritoras cubanas como Marilyn Bobes o Mirta Yáñez han emprendido una suerte de campaña que defiende un concepto femenino desde la literatura, organizando una tradición mediante antologías y artículos, que no excluyen las diferentes opciones de sexualidad ni los riesgos disímiles que ello conlleva.

En las Jornadas de Arte Homoerótico que organicé entre 1998 y 2000, con el apoyo de la Asociación Hermanos Saíz, no faltaron miradas al virus. Varios de los mejores intérpretes de la música cubana han protagonizado conciertos en fechas relacionadas con la lucha contra el VIH/Sida.

El cine cubano no ha sabido penetrar en ese conjunto de argumentos posibles que puede aportar el tema, al menos no con la certeza con la cual sí retrató en distintos documentales al movimiento de travestis que, también empleando a la enfermedad como puente, se hizo visible en los espacios más inesperados de los años noventa e inicios del milenio cubano, batallando no pocas veces contra la actitud regresiva de ciertas concepciones.

Opuesto a esas ideas y posturas retardatarias viene obrando, desde su fundación, un espacio particular de lo sociocultural en Cuba, emplazado en el mismo centro del país, bajo el nombre nada ingenuo de El Mejunje. Mejunje, según el diccionario de cubanismos, es un brebaje que se elabora a partir de la mezcla de las más diversas hierbas, de los componentes más insólitos. Y de esa infusión humilde con la que el fundador de ese sitio, el actor Ramón Silverio, acogió desde los años ochenta a la bohemia de Santa Clara y todos los personajes pintorescos de esa ciudad, nace también la voluntad de unir diversidades, lo que hace que hoy, en ese edificio en ruinas, puedan convivir heterosexuales, niños, jóvenes y adultos mayores, gays y lesbianas, roqueros, amantes del bolero o de la música tradicional cubana, jugadores de dominó o travestis.

Fue precisamente en un homenaje a Freddie Mercury, una de las más notables estrellas del mundo del rock y víctima del Sida, que se comenzaron a celebrar en El Mejunje las noches de travestismo, luego ampliadas, hasta donde se pudo, a festivales de magnitud nacional en esa expresión tan particular y sintomática de ciertas libertades expresivas. No creo conocer un sitio semejante en la isla, un contexto más apropiado para arrancar los ropajes de la falsa moral, con sus virtudes y sus peligros, en un afán menos coercitivo.



En El Mejunje se hace cultura para todos y no se establece un *ghetto* previo a ninguna actitud. He ahí la prueba de que una utopía, al menos, no es inalcanzable: la de una convivencia en la que el respeto hacia los demás surja por sí mismo, y no mediante la apelación de ninguna actitud conmisericordiosa.

Un punto y aparte merecen, ya en lo más actual de este panorama, los documentales que Belkis Vega, desde un sentido del compromiso que elude lo meramente formal, ha ido produciendo, y que alcanzan su punto de mayor impacto en el largometraje *Viviendo al límite*.

Apelando a las experiencias del *play back* o teatro espontáneo, que tanto se han diseminado en talleres para personas con VIH como ejercicios de catarsis creativa; y facilitando el diálogo entre estas, sus historias y teatristas que puedan encarnarlas como imágenes de otra dimensión; Belkis ha conseguido preservar testimonios que evidencian los logros, propósitos aún no alcanzados, alegrías y penurias de quienes viven con VIH/sida en Cuba, mediante rostros de distintas generaciones, aspiraciones y conceptos socioculturales de sí mismos.

En buena parte de los trabajos mencionados, los firmen homosexuales o heterosexuales, se trata de provocar al espectador desde un anhelo de apertura que rebasa la mera opción sexual del creador, en un gesto liberador que, más que proselitismo, procura sensibilizarnos: una vía para enriquecer, a fin de no levantar falsos estancos. Ello, junto a los avances que se hacen sobre los estudios de la masculinidad, y la lenta pero irreversible ampliación de los conceptos de normatividad sexual que el país va asimilando; explicita cómo la cultura ha inaugurado un territorio donde los lenguajes artísticos catalizan determinados discursos y fomentan actitudes menos regresivas.

Ensayistas como Víctor Fowler, Alberto Garrandés o Abel Sierra están leyendo con intensidad los postulados de la *queer theory* para aplicarlos no imitativamente entre nosotros, sino reubicándolos en la verdad particular de un país que, no sólo en lo político, atraviesa una circunstancia actualmente insólita.

8

Si innegable es ya que, al menos en los espacios más visibles de la política cultural cubana, hay una intencionalidad marcada que aspira a respetar diferencias y a crear zonas de intercambio entre receptores y emisores de discursos que no eludan ningún matiz de lo sexual; no hay ganancias tan ciertas en la generalidad de lo que, más allá de la propia cultura, se vive y vibra en el país.

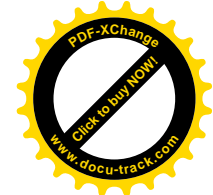
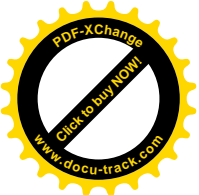
Todavía hay rezagos de pensamiento que alcanzan a manifestarse, desgraciadamente, en áreas de mayor impacto que la cultural. Los prejuicios pesan más que las sutilezas, y hay otros canales de convencimiento y sensibilización que necesitan ser activados.

Hacer interactuar los valores culturales con los estratos de la sociedad a la que propone nuevos ascensos y retos, es una de las principales acciones a desarrollar en ese camino ya ganado, pero no enteramente conquistado.

Se trata, entonces, de unir lazos, de repensar lo alcanzado y discutirlo en pos de una plataforma que aglutine lo mejor de esos esfuerzos y lo redimensione. Aprender de experiencias foráneas es un paso en el que debe avanzarse cada vez más, no con afanes de ingenuidad colonizadora, sino como ganancia en un terreno en el que los pasos ya no deben ser tan tímidos.

La falta de información precisa acerca de cómo y hacia dónde van los discursos que bordean el VIH/Sida, las iniciativas para diseminar sus más recientes estudios y las respuestas humanitarias mediante de campañas e iniciativas artísticas (que van desde las manifestaciones multitudinarias hasta una coreografía de Maurice Béjart), no tienen entre nosotros el mismo respaldo publicitario que las instrucciones para el uso del condón. Y no se trata, claro, de arrebatarle espacio a una cosa por la otra, sino de multiplicar esos esfuerzos en distintas perspectivas, que aporten una mirada más rica al conflicto. Y también, menos cerrada como discurso.

Además se trata de escoger la información, de emplearla como un arma y no sólo como mero dato o entretenimiento. Promocionar indiscriminadamente es igualmente dañino, si lo que se promociona está



contaminado de frivolidad, banalización de los verdaderos conflictos, o enmascara las dolorosas consecuencias de ciertos actos.

En el mundo, por ejemplo, existen numerosísimas obras de teatro que giran alrededor del tema, no pocas veces firmadas por valores auténticos del arte de la dramaturgia. Aquí apenas las conocemos y permitimos acríticamente, sin embargo, la difusión de piezas poco comprometidas realmente con ciertas verdades imposterables.

Lo que hagamos tiene que alcanzar también a movilizar ideas y compromisos, a conceptualizar entre nosotros una noción de activismo que sepa rechazar una postura de simple cosmético ante algo que es mucho más grave.

Establecer una red de comunicación veraz, un intercambio provechoso de aportes y datos, de obras y discursos artísticos, puede ser de gran ayuda en un tiempo en el que la Internet y las redes globales de información no deben ser ignoradas en función de sus inocultables ventajas. Quiere decir que, aún hay mucho que hacer en cuanto a educar, comprometer, profundizar. Ojalá la cultura pueda servirnos para ello.

9

Así como se diversifica el conocimiento que tenemos hoy sobre el VIH/sida, debieran multiplicarse nuestras acciones para combatirlo. Desde la vida personal de cada uno, desde sus enlaces familiares o amorosos, desde su compromiso con células sociales que no deben desoír ninguna voz.

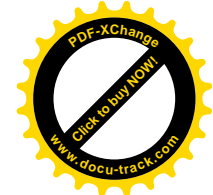
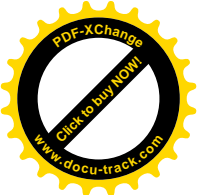
La palabra compromiso no debe tomarse en su acepción peyorativa, aunque los homosexuales cubanos sepan darle otros significados muchos más inesperados que el de una simple toma de partido. Entender es otro término que el *gay* latino ha reescrito, manipulándolo para sugerir una noción menos impermeable de ciertas verdades y reconocimientos, usando el verbo para englobar a los que, desde posturas diversas, entienden y asumen otras fórmulas de vida.

Habrà que aplicar, desde esos otros compromisos, diversas maneras de entender, a fin de que las relaciones entre distintas posibilidades del ser se hagan flexibles y encuentren, tanto en la cultura que lo exprese como en la vida misma, nuevos índices de cercanía.

Convocar a los artistas cubanos a colaborar en algo más que en fechas marcadas para enfrentar al VIH/Sida, lograr que participen con nosotros desde las intensidades respectivas de sus obras y no sólo desde su apoyo a una temática con acciones colaterales, es la puerta que tenemos delante. Abrirla mediante antologías, eventos, producción de estudios críticos, documentales, spots y carteles menos reacios a ofrecer mensajes cada vez más sugerentes y profundos, es un acto que nos mejorará. Oír las experiencias que otros creadores del mundo pueden aportarnos y revelar muchas más aristas de lo que hasta ahora la enfermedad nos muestra como cardinales, será una buena manera de tocar a esa puerta. Vivir es un acto que manifestamos contra esta y tantas otras enfermedades.

La intolerancia, el silencio autoasumido como cobardía que prefiere no saber, los recelos patriarcales contra nuevas posibilidades del vivir mismo, pueden ser una enfermedad no menos terrible que el virus. Y generar, por encima del riesgo, un discurso abierto a no congelar el diálogo, a asumir incluso aspectos sobre los cuales aún el prejuicio nos convoca al silencio: lo femenino como individualidad, lo heteronormativo como actitud no únicamente conservadora, travestis y transexuales con sus exigencias de demarcación del conjunto, bisexualidades, así como opciones de organización que no se enquisten como ghettos de autosegregación.

Tal vez desde la cultura no logremos curar a todos de esta epidemia. Pero de que se puede, con ella, retardar su desarrollo y fortalecer al organismo con nuevas inyecciones de verdad, es indudable. Hablo de la verdad en términos de retrovirales. Para mí la verdad es inseparable de la cultura. Permítanme, desde la cultura, esa referencia, esa metáfora, sobre la salud de una verdad.



**Conferencia leída el 22 de mayo de 2007 en la sesión inaugural del Taller Regional El Teatro y las Artes Audiovisuales, Un enfoque novedoso frente al VIH y Sida en América Latina y el Caribe, organizado por la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe, UNESCO/La Habana, con la colaboración de varias agencias de la ONU e instituciones de los ministerios de Cultura y Salud de Cuba.*